

La 7 del miércoles: variadita y bailadita

Por Ivonne, Efrén y Raciél

La duda *chingativa*:

¿Qué agencia publicitaria elaboró la *simpática* promoción televisiva sobre el inmigrante, o será que también es regalada como las gorras, camisetas y banderines, de la campaña?



Japón: La casa de las bellas y malas durmientes

Raciél Martínez

El cine de terror japonés refleja la resistencia de la tradición al tránsito de una sociedad moderna. Ello implica un cambio radical de roles inserto en una severa crisis del patriarca y en una renuncia abrupta de la mujer a un papel pasivo.

Este rechazo se expresa de manera críptica. De ahí que, para leer los filmes, se requiera más de la jerga psicoanalítica que de la interpretación de fórmulas típicas de narración.

En este sentido habría que ubicar al cine nipón de terror en los lindes de un costumbrismo que se debate y se diluye entre la tecnoligizada sociedad red. Una metáfora fuerte de dicho desplazamiento sería el predominio de una prostitución neoliberal y el agotamiento del poder nacional que ya no controla a sus geishas.

En este género se observa que el caos proviene no exactamente del más allá (como en *El exorcista* o *Constantine*) ni de la otredad sino que es un discurso que reprocha de fea forma su interior: la familia y su consabido aparato represivo son las causas de los traumas del individuo moderno.

Para entender mejor esta pulsión sublimada, tomemos un ejemplo simbólico que nos permitirá introducirnos en la complejidad del tema.

Las putas tristes de Gabriel García Márquez, noveleta inspirada en *La casa de las bellas durmientes*, obra del Premio Nobel de

Literatura en 1968, el japonés suida Yasunari Kawabata, es un campo estético misterioso para ambos proyectos civilizatorios: Oriente y Occidente depositan su mirada erótica en la mujer.

Las mujeres, según Kawabata y García Márquez, duermen, al contrario de los muertos (vea *Sexto sentido* y *El aro 2*).

La atención de Kawabata en la mujer dormida es encontrar sentido a la vida en el sueño. Simbólicamente no es un acto menor si atendemos que los personajes que contemplan a esas durmientes tienen una sentencia de muerte.

Parecería en todo caso la búsqueda de un portal, como quizás lo intenta el psicoanálisis que decide que el universo onírico sea su material de estudio.

La idea de buscar un portal energético que dé una razón a la existencia ya la manejó Spike Jonze en la cinta *¿Quieres ser John Malkovich?* Y la idea de indagar las culpas en el sueño fue explorada por Wes Craven en *Pesadilla en la calle del infierno*.

El sueño entonces de suyo es revelador, desde donde se le vea, porque enfrenta al hombre con sus propios pasos (eso es lo terrible de *El resplandor*).

En el cine de terror japonés encontramos lo anterior: una energía fronteriza que linda entre la vigilia y la profundidad del secreto.

Hay ciertas claves para observar

que la cultura nipona resiste los empalmes interculturales.

Tienen miedo, y así lo expresan con la demonización de la tecnología y de la mujer. Y es que la tecnología y la mujer parecen ser el vehículo en donde el mal se apoya: el celular, el video o el sexo sin restricciones.

En el caso de los Estados Unidos, un escritor como Stephen King con su rebelión de enseres domésticos (el auto de *Christine* y las mangueras de agua en *Carrie*) ha patentizado la neurosis del hombre atado a lo material. Insistamos que el terror japonés no subraya la otredad metafísica, más bien su pozo es la culpa (la saga de los Aros), es el desperdicio de la virtud lo que se altera y transforma en energía negativa y moralizante.

No hay diablos en *Una llamada perdida*, *Koma*, *El ojo*, *La maldición* o *El aro 2*; en todo caso la semilla antagónica proviene del seno familiar y su portal de exhibición es la tecnología de punta y las mujeres de largos cabellos que se arrastran como arácnidos mecanizados.

En su mayoría ese terror testimonio la violencia y soledad a la que se orilla a los niños ultrajados como en el discurso de Takashi Miike en *Ichii el asesino*, la propia *Una llamada perdida* y en la bizarra *Visitante Q*, o que simplemente están necesitados de una imagen materna como ocurre en *El aro 2*.

¿Que si es críptico el cine de terror japonés contemporáneo para reflejar la resistencia de la tradición al tránsito de una sociedad moderna? Seguramente habrá más aristas para averiguarlo, pero de que se perciben esas modificaciones de figuras patriarcales y el ascenso de siluetas femeninas a ninfas como sinónimos de resistencia, pues sí, nada más cuenta por favor cuántas veces las adolescentes son las protagonistas de esta ausencia de amor y se toparán con una sorpresa.

Venimos del mar...

...evolucionando y de vacaciones



Foto: IVONNE GUTIERREZ CARLIN

Roqueros sin destino

Entre la República de Cromañón y la cultura sojera

Raúl D. Motta*

¿Cuál es el lugar de los jóvenes en el mundo actual? Interrogante que pertenece a una pregunta que la engloba: ¿En qué mundo vivimos?

La respuesta recientemente anunciada por las autoridades educativas para debatir lo sucedido en el incendio del local bailable, que se llevó la vida de docientos jóvenes por irresponsabilidad de distintos sectores de la sociedad argentina, en las escuelas no está mal, se trata de reflexionar y comprender la tragedia. Pero ¿para qué? ¿La sociedad argentina en general, aprende de las tragedias?

En la Grecia antigua el teatro griego representaba, a través del género trágico, los conflictos y paradojas de la vida humana. Los humanos vivían desgarrados entre sus deseos y sus resultados, entre el capricho del destino y la intención humana. Los dioses jugaban con nuestra especie. En este contexto el teatro griego enseñaba que el desafío humano consistía en encontrar la medida personal y el temple necesario para vivir en el equilibrio precario de lo humano, objetivo imposible de cumplir sin la medida política cuyo verdadero nombre era prudencia, y su capacidad para interpretar los signos de los tiempos (*tempus*), para vivir dignamente y convivir con el capricho de los dioses (templo) y lograr así un buen gobierno de parte de todos (*tempor*). Todo ello requería un gran temperamento individual y colectivo para anticipar, en el mejor de los casos, y conducir en el peor de ellos, las tempestades que siempre azotan a la humana condición.

Nada de esto sucede hoy, porque la juventud sabe que ella y sus mayores se hallan en la intemperie, es decir sin el tiempo propio para vivir, tiempo estratégico (*tempus*), ni el lugar para sacralizar la vida (templo), ni la prudencia del gobernante (*templar*) que somos todos nosotros y no sólo la relativa mediocridad de turno. La República de Cromañón es una siniestra metáfora de un acontecimiento irreversible. Pero también es una metáfora y una alegoría de la situación generalizada de la sociedad contemporánea: degradación e insignificancia de lo humano.

"Callejeros" (nombre del conjunto de rock que tiene por costumbre tocar con el acompañamiento de bengalas en recintos cerrados de parte del público) y "Roqueros sin destino" (título del nuevo disco de ese promisorio conjunto de rock nacional), son también, signos y alegorías complementarias del anterior. "Calle" y "sin destino" parecen ser el lugar de los jóvenes de hoy, al menos ellos así lo señalan. Los otros nombres de esta situación son: Intemperie (calle) y ausencia de futuro ("roqueros sin destino"). El futuro que heredamos de la sociedad moderna (construido tanto por izquierdas o derechas, hoy términos intercambiables) es una ruina. Los jóvenes lo saben. Sus padres vivieron en el final de una opción ilusoria: El futuro asegurado y "sin riesgo" (sólo había que elegir

de la Revolución Científica y Tecnológica, de las teorías del desarrollo y la agricultura intensiva.

Un mundo "sublime" diría un intelectual recién caído de su torre de marfil. Uno de los aspectos de lo sublime para la estética burguesa es ese sentimiento de horror que el espectador sufría frente a la contemplación sin riesgo de una catástrofe, sentimiento combinado con otro consistente en una especie de satisfacción por parte del espectador que se hallaba en un sitio seguro contemplando la tragedia de los otros. Pero lo que nos dicen las metáforas de la República de Cromañón y los familiares de los jóvenes fallecidos o heridos para siempre, es que hoy no hay para nadie, un lugar y un tiempo seguro desde donde contemplar desinteresadamente el dolor y el sufrimiento de los "otros". El "otro" es "nosotros" todos estamos a la intemperie, incluso si vivimos en un country o en una localidad pequeña y alejada dedicada al almacenaje de soja y cosechar riqueza para hoy y hambre para mañana. La barbarie ancestral (Cromañón) y la barbarie tecnocrática de expertos y dirigentes indolentes, combinadas, nos conducen a lo "sublime" planetario.

Esto los jóvenes lo saben, y les desespera escuchar el discurso autista de los adultos que siguen repitiendo los mismos discursos de siempre "un esfuerzo más y llegamos", "nunca más", "siganme, ..." y "persevera y triunfarás", el joven hoy siente que todo esto es una invitación a ser carne de cañón, sin embargo su desesperación y nihilismo o lo conduce a buscar una fuga en el "no lugar" de las drogas o tal vez, algo más extraordinario para aquellos que no pertenecen todavía al ejército de los excluidos, a trabajar, estudiar, amar, producir y buscar un cambio a pesar de todo y ser "roquero sin destino".

Hoy los líderes juveniles saben que la política debe ser como la salud, un sistema, un tejido inteligente de estrategias para resistir a la muerte, y no un mercado de recetas y fármacos para administrar la catástrofe. Pero esa política es la que debemos articular entre todos y a pesar de todo, al menos la literatura de todos los tiempos así lo señala, siguiendo la línea de que los sentidos profundos de la vida son posibles cuando hay un equilibrio y real cruce entre nuestro tiempo estratégico (el *tempus* de todos los días), el lugar donde podremos hacerlo en presente-futuro de nuestras ciudades (templo) y que podamos articular lo que un verdadero régimen democrático necesita para perpetuarse, un buen co-gobierno (*tempor*), entre gobernantes y gobernados.

* Director de la Cátedra Itinerante Unesco "Édgar Morin" y Director del Instituto Internacional para el Pensamiento Complejo

motta@complejidad.org

■ Frase para recordar

La solidaridad es el signo de la juventud, aunque sea desde la ventana para no ensuciarse los zapatos.

"El FJR sirve para apoyar el trabajo de nuestro partido, hacer el trabajo con los jóvenes del PRI, hacer labores altruistas y estar al margen de las necesidades de los jóvenes..."

Palabras de Adolfo Ramírez, presidente del FJR a nivel estatal.

■ (Entrevista en el noticiario de política.tv, publicada en el impreso del 24 de enero de este año)

